

**DISCURSO DEL P. EDUARDO SOTO PARRA S.J. EN
REPRESENTACIÓN DE LOS MIEMBROS DE
LA QUINTA PROMOCIÓN DE LICENCIADOS
EN TEOLOGÍA DE LA UCAB**

Rector de la Universidad Católica Andrés Bello, R. P. Luis Ugalde
Decano de la Facultad de Teología de la UCAB, R. P. Carlos Luis Suarez
Estimados Profesores y Autoridades aquí presentes.

Muy queridos compañeros de promoción.
Familiares e Invitados todos.

Me ha sido encomendado por las autoridades de la facultad el representar a mis compañeros en este acto académico, dirigiendo unas breves palabras con ocasión a nuestra graduación en la Quinta Promoción de Licenciados de Teología de la UCAB. Es un honor inmerecido, y que agradezco profundamente.

Ante todo quiero decirles que no es fácil hablarles. En la elaboración del discurso muchas ideas pasaron por mi mente: hacer gala de una actitud de denuncia, como nos fue enseñando el Padre Frades en su Cátedra de Profetas, o dictar una clase de Método Teológico parafraseando a nuestro querido profesor, el Hermano Bazarra, que nos hiciese recordar cómo hemos de ejercer la profesión cuyo título hemos adquirido hoy.. Pero más bien he optado por dirigirme a Ustedes, mis compañeros, quienes desde hace algunos años hemos compartido un aula de clases, viajes, convivencias, conversaciones informales y preocupaciones comunes, y que desde hace casi 6 meses no nos veíamos, asumiendo y celebrando, en el caso de quienes hemos sido ordenados sacerdotes, las primicias de nuestro ministerio, y en el caso de los laicos, el modo en como los conocimientos adquiridos son puestos en práctica dentro de una Iglesia y de una Sociedad que muchas veces no quiere tener oídos para quienes le son distintos, mucho menos para Dios.

Lo primero que quería mencionar es la diversidad de los que estamos aquí presentes. 4 jesuitas, 3 salesianos, 1 agustino y 5 laicos de distintos rincones del país y procedencias. Sin contar los que comenzaron un camino junto a nosotros y que luego se apartaron de él, para seguir sus propios rumbos. Esto es algo significativo y que no debemos pasar por alto. En nuestra diversidad se encuentra nuestra riqueza y al encontrarla, también debemos reparar en cuales fueron las causas de tan grande disminución del grupo de graduandos, que estoy seguro, no obedece a la dificultad de las materias vistas, sino a otras causas, que debemos enfrentar, si es que de verdad queremos sentirnos orgullosos del título que hoy se nos entrega.

¿Dónde están todos los compañeros que llenaban el salón de primer año de Teología? ¿Fueron solo aves de paso en nuestro caminar o lograron entrar en nuestros corazones y en nuestras oraciones? Y es que el ITER, la Facultad de Teología, no está constituida solo por profesores, sino también por los alumnos, los compañeros el salón, y todas las personas que trabajan aquí y de todas ellas seguramente hemos aprendido algo que está significado en el pergamino que solemnemente nos han entregado hoy. Ellas conforman la Facultad de Teología de la UCAB, en Venezuela, que nació para formar en esta disciplina a quienes deseen adentrarse en ella, ya sea por decisión propia o por mandato de la congregación a la que pertenecen a fin de adquirir las herramientas intelectuales indispensables para la realización de la labor sacramental o pastoral que les sea encomendada.

En este aspecto no se puede negar que el ITER nos ha regalado amistad y gente buena que quiere hacer las cosas bien, muchos nombres pueden venir a mi memoria en este momento... gente que no tiene mala intención... pero bien sabemos que para que la Facultad pueda cumplir su misión, esta bonhomía no es suficiente... es necesario que el instrumento que Dios ha dispuesto para formar a sus agentes pastorales de la vida religiosa en Venezuela, sea calibrado y perfeccionado una y otra vez, en una actitud de conversión que se nos recuerda especialmente en este Tiempo Litúrgico y que va dirigida a toda la Iglesia, a la cual pertenecemos.

Y esta tarea es más urgente si se tiene en cuenta la misión de la Teología en nuestro mundo y sociedad actuales. Aun cuando muchas corrientes de la filosofía contemporánea cuestionen el estatuto epistemológico de la Teología, esas apreciaciones quedan a su vez en entredicho cuando se tiene una profunda experiencia pastoral, y en ese contacto con la gente, sobre todo con las

personas más sencillas, las mismas preguntas que hace siglos justificaron el surgimiento de esta disciplina, vuelven a aparecer, por lo cual, nuevamente debe echarse mano de la razón discursiva para dar cuenta de lo que se cree. Una Teología, que no se queda en la explicación del dogma, sino que se presenta además como una propuesta de sentido ante una vida cada vez más carente de él. Una Teología que sigue reclamando su espacio como Ciencia que permite salvaguardar la relación, que integra todo lo vivido y aprendido, pues toda la realidad refiere a su fundamento, que no es otro que el DIOS AMOR revelado en su hijo, Jesús de Nazaret. Experiencia que solo puede captarse desde lo eclesial, como pluralidad de relaciones y de diversidades que convergen en un horizonte de fraternidad, a la cual todos estamos llamados e impulsados como hijos e hijas de Dios que somos.

La construcción de esa fraternidad, tan anhelada por todos los seres humanos y por todos los pueblos pasa necesariamente por la reflexión teológica, pues es la palabra amorosa de ese Padre Común la única capaz de hacernos hermanos. Ese proyecto de fraternidad, donde quiera que estemos debe ser llevado adelante sin caer en la tentación de los razonamientos fingidos, que buscan la promoción de un modo de pensar, una ideología, en desconocimiento de la realidad única e irrepetible de cada ser humano, de cada historia de vida. Por tanto, como Licenciados de Teología, y como hombres autorizados por la Ley para hablar de Dios y de su proyecto de amor para con toda la humanidad, debemos procurar siempre la verdad de nuestras palabras, cursen ellas en artículos de revistas, homilías, clases, charlas o acompañamientos. En donde quiera que estemos, la honestidad intelectual, que es honestidad con uno mismo y con las convicciones propias, debe ser el riel por donde despliegue nuestra profesión, de manera que nuestras palabras, antes de pretender convencer a los otros, ya deben habernos convencido a nosotros mismos.

Nos encontramos en un país, en una época, en una Iglesia que necesita discursos coherentes e iluminadores, dichos por personas íntegras e ilustradas, es decir, auténticamente preocupadas y preparadas para dar lo mejor de sí a los demás en cuanto a la enseñanza de la fe y una propuesta de sentido basada en la revelación del Amor infinito de nuestro Padre para con la humanidad. Los egresados de esta facultad, y entre ellos, nosotros, estamos llamados a asumir ese reto, que implica coherencia de vida, fidelidad a las propias convicciones, escucha atenta a la realidad y a las personas que nos ha tocado y nos tocará servir, honestidad intelectual y actualización permanente del bagaje intelectual y humano adquirido en estos años de estudio.

Hay una tarea pendiente, pues, aunque muchos hoy dicen no creer en verdades objetivas, la integridad moral e intelectual siempre tendrán algo que ofrecer al mundo. La Teología nos permite hablar desde Dios, y afirmar desde ella que la realidad no se agota en una ideología o en las afirmaciones de una ciencia, ni nadie en el mundo tiene el poder absoluto sobre todas las cosas, sino que el Misterio, que es el Amor, siempre permanece. La única seguridad a la que pueden aspirar los hombres y las mujeres de hoy ya no está en las cifras de las cuentas bancarias ni en las ojivas de las armas nucleares, sino en la experiencia de un Dios que nos ama y que se nos sigue manifestando. Queda de nosotros el encontrar los modos de comunicar a ese Dios en un mundo que lo ha expulsado de sus aulas de clases, de sus obras de arte, y de sus deseos.

Nuestra esperanza no es vana, pues hay personas que nos han precedido en ese aspecto, algunas de las cuales tuvimos la oportunidad de conocer en esta Institución. Y también nos tenemos a nosotros mismos, que gracias a la tecnología y al cyberespacio, independientemente del lugar donde estemos prestando nuestro servicio, podemos crear una modalidad de acompañamiento para este noble propósito, de manera que no queden ocultas las metas conseguidas, los textos logrados y elaborados. Es un camino en el que seguramente podemos acompañarnos.

Dios permita y nos sea propicio para que las herramientas adquiridas nos ayuden a iluminar el camino de muchos otros y que ese saber superior, universal y comprensivo, que llene de sentido el quehacer universitario, fruto de un dialogo fecundo de las Ciencias entre sí y de ésta con la Filosofía y la Teología, tal y como lo indica el artículo 6, numeral 5 del Estatuto Orgánico de la UCAB, que define la misión específica de la UCAB, pueda ser alcanzado con nuestro trabajo intelectual, para gloria de Dios y de nuestra Alma Mater.

¡Gracias a la UCAB, al ITER, a los Profesores, a Ustedes, queridos Compañeros! ¡Hermanos, aquí estamos, lo logramos! ¡Muchas gracias!